

LA POSICION RELIGIOSA DE ROMULO GALLEGOS

N. de la R. El presente artículo forma parte de la obra "Rómulo Gallegos y la Problemática Venezolana" de próxima aparición.

La capacidad de vida interior de don Rómulo Gallegos y su sensibilidad para las manifestaciones del espíritu, tuvo que reflejarse necesariamente en su sintonía hacia lo místico y lo religioso. Ignorar este aspecto del alma galleguiana, como lo han hecho no pocos autores que han escrito sobre él, o tratarlo superficialmente parece una claudicación frente a la verdad histórica. Presentar a Gallegos como un hombre sin sensibilidad religiosa o considerarlo como una persona que ha adoptado una posición negativa ante el problema religioso, es no hacer justicia al verdadero y profundo sentido de su vida (1). Medirlo únicamente por esporádicos encuentros que haya tenido con determinadas personalidades representativas de la Iglesia venezolana, es valerse de un incidente circunstancial para atizar el fuego de la pasión política (2).

No es posible valorar la proyección espiritual que lo religioso ha tenido en la vida de Rómulo Gallegos tomando como punto de partida cualquiera de estas posiciones de parcialidad; en estas circunstancias el prejuicio doctrinal o el partidismo político no hacen sino enturbiar la clara visión de una realidad más íntima y profunda. Es preciso analizar con objetividad las manifestaciones del propio autor para calibrar con exactitud el impacto que lo religioso ha tenido en la vida y en las obras de Rómulo Gallegos.

Ya Gallegos había alcanzado la dorada madurez de los 65 años, cuando en una conferencia dictada en La Habana ante un grupo de damas, abrió a la curiosidad femenina las primeras páginas de su vida, largo tiempo selladas bajo la mordaza del silencio. "Cuando me apuntaba el bozo, cuando se me desafinó la voz niña y al querer hablar ya como un hombre se me escapaban gallos, yo recorrí senderos místicos, contemplando las hermosuras con que auroras y crepúsculos de la crítica transición espiritual me pintaban los cielos y cuando ya así se me había formado sentimiento religioso de la vida, pero al mismo tiempo convicción de que en santo no podía parar, por más que me lo propusiera, torcí de pronto el rumbo y bajé la mirada a las hermosuras de la tierra" (3). Este estilo, deliberadamente sugges-

(1) Cfr. Nota de Ricardo Montilla y Gonzalo Barrios en "Rómulo Gallegos. Vida y Obra" por Lowell Dunham. México Ed. de Andrea. 1957, p. 250.

(2) Cfr. Rómulo Betancourt "Carta Alusiva" en *Repertorio Americano*, 5 junio 1937, p. 329.

(3) Gallegos, Rómulo "La Pura Mujer sobre la Tierra" en "Una Posición en la Vida". México. Ed. Humanismo, p. 397.

tivo permite sólo adivinar lo que fueron las vibraciones espirituales de su infancia y la crisis religiosa que se operó en los años de su juventud.

Las tendencias religiosas del niño Rómulo tuvieron un ambiente propicio en el hogar. "El padre, muy devoto de la Virgen del Carmen, ob servó la piadosa norma de llamar Carmen a cada una de sus hijas, y la de añadir del Monte Carmelo de todos los varones" (4). En efecto, el nombre completo del novelista es Rómulo Angel del Monte Carmelo Gallegos Freire. Pero indudablemente fué la piedad materna la que se introdujo dulcemente en el alma infantil, cuando aún no era dueño de sus propios actos ni se regía por sus propios pensamientos. Ella fué la que le encaminó hacia el Seminario Metropolitano de Caracas a la edad de diez años. Su padre, por razones sin duda estimables, se oponía a que su hijo mayor siguiera la carrera sacerdotal; a la muerte de la madre, ocurrida en 1896, Rómulo abandonó el Seminario por orden de su padre.

Doña Rita, que tenía intuiciones como todas las madres, y observaba de cerca la conducta del niño, tuvo muchos argumentos para creer que Dios llamaba a su hijo al sacerdocio. No todos los entretenimientos que el niño inventaba para delicia de sus hermanitas, se reducían a juegos profanos o cuentos sobre las ingeniosas argucias de Tío Tigre y Tío Conejo. Sabía también tener atento al piadoso auditorio femenino cuando, revistiéndose de una seriedad sacerdotal, imitaba las ceremonias religiosas que había observado los domingos en el templo (5). A falta de investigaciones de sus biógrafos sobre este particular, el mismo Gallegos nos ha proporcionado detalles ingenuos de su piedad infantil en el delicioso primer diálogo entre Maigualida y Gabriel Ureña. "¿Te acuerdas de las misas que cantabas en la salita de tu casa? Tenías una bonita voz, me acuerdo bien. Las misas que nosotras, tus hermanas, tus primas y yo te oíamos con tanto fervor"... ¿Recuerdas que te llamábamos el 'Padre Dominus Vobiscum' porque casi todo la misa se te iba en cantar éso solamente?" (6).

Pero la posesión tranquila de la fe infantil no podía continuar. El desarrollo intelectual y la exigente irrupción del espíritu crítico durante la primera etapa de la juventud, piden una revisión de todas las creencias tanto religiosas como tradicionales; ya no le sirven las categorías infantiles del pensamiento y el joven exige nuevas explicaciones de los hechos conocidos.

La "crisis religiosa" tiene que plantearse necesariamente en todo joven que no asuma una actitud de pasividad estéril ante los planteamientos que le ofrece la vida. Pero esta crisis ni es solamente intelectual, ni se plantea fundamentalmente en términos de "dudas contra la fe"; es una crisis de posición totalitaria ante la vida,

(4) Dunham, Lowell "Rómulo Gallegos. Vida y Obra" México Ed. de Andrea. 1947, p. 28.

(5) o.c. p. 30.

(6) Gallegos, Rómulo "Canaima" en "Obras Completas" La Habana. Ed. Lex. 1949, p. 891.

aunque superficialmente tenga las apariencias de un brolema intelectual. Es un planteamiento mucho más profundo que la explicación simplista o escapatoria del que se envalentona diciendo que abandonó la fé porque sus "conocimientos científicos" le impiden aceptar los postulados religiosos. El problema esencial religioso no es resolver la aparente antinomia ciencia-fe; esa antinomia se resuelve por sí misma, una vez que se haya llegado a resolver satisfactoriamente el problema total de la posición ante la vida.

Rómulo Gallegos hace un fino análisis de su propia experiencia religiosa en la fase crítica de su juventud. Da la impresión de que ha olvidado el personaje de ficción para derramar en las páginas de la novela el doloroso recuerdo de una íntima frustración. También para él, la crisis religiosa se planteó en proyección de destino ante la vida, más que en términos friamente intelectuales. La muerte de su madre, la salida del Seminario, la urgencia de la juventud fueron los factores que desataron la crisis. En un diálogo donde Gallegos vuelca sus recuerdos juveniles, expresa por boca de Gabriel y Maigualida el problema religioso de sus años mozos.

"Las palabras de Maigualida lo habían hecho recordar los tristes años de su adolescencia, cuando a raíz de la muerte de su madre, pequeñas flaquezas del alma —timidez, amargura de su mal parecer, dolor de su pobreza— tomaron forma de grandes anhelos. Fueron, sin embargo, los preciosos momentos de la inquietud arrogante, la hora viva en que debía decidirse el destino; pero le faltó quien le ayudara a interpretar las misteriosas señales, pues quien ésto pretendió, aquella tía de espíritu simple mencionada por Maigualida, apenas supo decirle: Es Dios que te llama a su santo servicio" (7).

La salida del Seminario o la desorientación ante los primeros anhelos conscientes, no desencadenó aún la toma de posición ante la vida. La crisis continuó durante mucho tiempo antes del rompimiento definitivo: "las inclinaciones místicas de éste (Rómulo) no cesaron; siguieron hasta que fué un joven de dieciocho o veinte años" (8). La necesidad de nuevas teorías intelectuales, nuevas medidas que le permitiesen sondear las profundidades de la fe, con el fin de afianzarla y no para rechazarla, eran exigencias que tuvieron que brotar espontáneamente en el espíritu razonable y reflexivo del joven Gallegos. Quería razones, buscaba explicaciones, una luz que le iluminase aquella senda que estaba dispuesto a seguir; pero nadie se la dio y fué víctima de su propia desorientación.

Con un sentimiento de tristeza y nostalgia, un profundo acento religioso que no se encuentra en muchas de sus páginas, Gallegos ha levantado un poco el velo doloroso de su frustración espiritual que le persigue después de muchos años.

"El creyó de buena fe o con toda ingenuidad y paramentó de velas ansiosas su barca iluminada para el gran viento divino; pero como sólo le dieron candorosas explicaciones y prácticas superficiales, un día de pronto y a lo mejor de la bordada, amainó Dios, flamearon un poco las velas vacías y luego se quedaron quietas. Y ésto sucedió a la altura de los dieciocho años, sin cabo de tormentas a la vista, una tarde serena de un día vulgar" (9).

Por lo que se trasluce de estas reflexiones intimistas en relación con la crisis religiosa de Gabriel Ureña, Rómulo Gallegos mantuvo durante años esa dolorosa "agonía" entre sus ideales religiosos y el ambiente de contradicción positivista en que se hallaba envuelto. La fé aceptada y experimentada durante su niñez y primera juventud requería un nuevo impulso que mantuviese hinchadas las velas de sus anhelos vitales; al no recibirlo y encontrarse lacio y caído, surgió el dilema inevitable que no halló respuesta en su soledad defensiva: "¿Esto qué es; ¿Qué estoy haciendo?" (10). Que la ocasión para el planteamiento definitivo hubiese sido "un día de jubileo papal o algo por el estilo", como apunta el mismo Gallegos, es lo de menos; el espíritu del novelista se lo tenía que plantear antes o después.

Pero el hombre, y mucho menos el joven de dieciocho años, no procede en la vida solamente por las exigencias del imperativo categórico que le presenta una razón pura. En la conducta del hombre y en las decisiones cruciales de la vida influyen un conjunto de imponderables, de fuerzas que escapan a la clara percepción consciente. A toda crisis, sea religiosa o sentimental, no se le puede asignar una causa concreta y única porque no ha sido efecto de un razonamiento lúcido por el que el hombre toma una decisión vital.

La crisis religiosa de Gallegos fué un componente nada más de una crisis total de juventud, de orientación frente a la vida, de choque de inquietudes y aspiraciones de tipo intelectual, emotivo e incluso de urgencias indefinidas de los apetitos básicos del hombre. El mismo responde a la pregunta que se había formulado anteriormente "¿Esto qué es? ¿Qué estoy haciendo?". Pero la respuesta será también interrogativa, señal manifiesta de la oscuridad ideológica en que tomó la nueva ruta.

"¿Acaso las discusiones con los amigos incrédulos, los argumentos de éstos, más sólidos y mal rebatidos por él, las burlas, incluso, porque creía a pie juntillas en el mito del pecado original, con manzana verdadera y serpiente tentadora? ¿El efecto a distancia del regusto de vergüenza involuntaria que entonces le dejaron sus propias palabras textuales sin razones con que lo defraudara el maestro que así correspondía a su actitud? ¿O acaso, simplemente, la invitación no aceptada que hacía poco le había hecho un amigo para ir al teatro aquella misma tarde...?" (11).

(7) O.C. p. 891-892

(8) Dunham, Lowell O.c. p. 29.

(9) Gallegos, Rómulo "Canaima" O.C. p. 892.

(10) O.c. p. 892.

(11) O.c. p. 892.

Como se ve, el elemento emotivo jugó un papel importante en la solución concreta de la crisis religiosa. Y así, por fuerza de las circunstancias, cansado de luchar por mantener una posición solitaria, sin razones positivas que lo impulsaran, se abandonó a la influencia del ambiente y optó por el camino más fácil: solución que se adopta en los momentos de crisis, cuando sólo una mano fuerte y un corazón comprensivo puede evitar el dolor de una indecisión peligrosa. No es Gallegos de los que hacen alarde de su incredulidad; el sentimiento nostálgico que domina la descripción de la crisis religiosa de Gabriel Ureña tiene todas las características de un recuerdo que el autor conceptúa como una tragedia en su propia vida.

"Pero de todos modos ni en ésto (en ir al teatro) ni en la manzana estaba pensando cuando se hizo aquella pregunta, en seguida de la cual púsose el sombrero y echó a andar, calle adelante, ya sin el divino compañero. Pero ya sin rumbo también, ni deseo de buscarlo por otros horizontes, porque había sido defraudado por la vida y el despecho le devastaba el corazón. Y fué entonces la barca al garette, desganas de viento las velas tendidas, sueltas las escotas..." (12).

Esto debió ocurrir hacia 1903, cuando Gallegos frisaba entre los dieciocho y los diecinueve años, el mismo año en que se graduaba de bachiller en el Colegio Sucre, dirigido en aquel entonces por el eminente pedagogo J. M. Núñez Ponte. Aturdido por la desorientación, Rómulo Gallegos se dejó arrastrar por el turbión positivista que dominaba los círculos intelectuales de Caracas durante el primer decenio del presente siglo. Elías Toro, Luis López Méndez, Lisandro Alvarado, Gil Fortoul, Nicomedes Zuloaga, Blanco Fombona, Luis Razzeti, Vallenilla Lanz, Pedro Arcaya y otros positivistas connotados impresionaban con sus teorías y sus polémicas a la inquieta juventud caraqueña.

En su primera novela, escrita precisamente por aquellas calendas ha dejado un catálogo de obras en las que intentó encontrar la ruta de un destino que su antigua fe religiosa no le había proporcionado. En la lectura de la "Vida de Jesús" de Renán "le impresionó la trascendencia y el hondo sentido filantrópico de aquella obra que humanizando a un Dios, no había hecho sino demostrar cuánto de divina sustancia encierra el barro humano" (13). Obra poética saturada de romanticismo que, bajo bella forma literaria, logra inocular la muerte del espíritu religioso.

En su afán de búsqueda Rómulo Gallegos topó con una serie de autores que por desgracia son los más distinguidos anti-católicos, o simplemente anticristianos y antirreligiosos, que pudieran encontrarse en las librerías caraqueñas de principios de siglo. Todos son poetas, novelistas, na-

turalistas o sociólogos que, con excepción de Renán, nunca habían hecho un estudio serio sobre el problema religioso, ante el que asumen una posición negativa propia de la ignorancia. Byron, Verlaine, Tolstoy, Zola, Rousseau, Darwin, Nietzsche, Emerson, Max Nordau, Lombroso y Reclus fueron las fuentes de inspiración para Gallegos. Nada extraño que hubiesen dejado en su espíritu un lastre de prejuicios antirreligiosos que tuvieron su punto álgido durante la época de su colaboración en "La Alborada", a la altura de los veinticinco años.

No es este lugar apropiado ni los tiempos propicios para revivir una vieja polémica tomando posiciones de defensa o ataque en relación con incidentes posteriores entre Gallegos y algunos círculos religiosos caraqueños. Ni las intemperancias juveniles o la vinculación de su nombre a un movimiento político otrora sectario, ni la incompreensión por parte de quienes atacando el sectarismo podían haber salvado la limpia trayectoria de Gallegos, contradicen las afirmaciones fundamentales del presente artículo.

No hay lugar a dudas de que en una forma elemental —aconfesional, si se quiere— lo religioso ha seguido influyendo en la mentalidad y en la obra de Gallegos, sin que malas inteligencias hayan logrado cuartearlo. El mismo ha dejado traslucir en algunos pasajes de sus novelas que se mantiene aún el rescoldo bajo la ceniza gris de una aparente indiferencia.

La insistencia femenina de Maigualida Ladera logra una confesión verdadera de Gabriel Ureña, a pesar de los esfuerzos de éste por evadir las preguntas curiosas sobre aquellos fervores místicos de los quince años: "Tal vez me hayan quedado cicatrices. Lo que ha existido alguna vez continúa existiendo de algún modo" (14). ¿Será demasiado arriesgado el pensar que unas palabras de Antonio Menéndez embargadas de nostalgia y con un acento especial de sinceridad, traducen también de "algún modo" los sentimientos personales del novelista? Y con esta interrogación hecha con respeto hacia ese fuero interno de la conciencia de Rómulo Gallegos, cerramos este breve ensayo sobre la cabida que tiene lo religioso en la personalidad introvertida, de poderosa vida interna, que posee don Rómulo Gallegos.

"Yo también he tenido mis crisis espirituales. Confieso que en estos últimos días he atravesado períodos de sentimentalismo agudo, de misticismo casi. Más que nunca he anhelado la escondida senda. Hasta he sentido la necesidad de creer en Dios, de rezar, de entrar a menudo en las iglesias" (15)

ANGEL DAMBORIENA, S. J.

(12) O.c. p. 892.

(13) "El Último Solar" O.c. p. 20.

14) "Canaima" O.c. p. 890.

15) "El Último Solar" O.c. p. 104-105.